



Robert Dallek

J. F.

KENNEDY

UNA VIDA INACABADA

PENÍNSULA **HUELLAS**

J. F. Kennedy
Robert Dallek

Una vida inacabada

Traducción de Ana Herrera

ediciones península

Título original: *An Unfinished Life: John F. Kennedy, 1917-1963*

© Robert Dallek, 2003

Esta edición se publica de acuerdo con Little, Brown and Company,
Nueva York, Nueva York, Estados Unidos.
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2004

Primera edición en este formato: febrero de 2018

© de la traducción del inglés: Ana Herrera Ferrer, 2004

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición

LIMPERGRAF - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 28.321 - 2017

ISBN: 978-84-9942-661-7

ÍNDICE

Prefacio	9
----------	---

PRIMERA PARTE

CRECIMIENTO

1. Principios	13
2. Una juventud privilegiada	37
3. Los terrores de la vida	80

SEGUNDA PARTE

SERVICIO PÚBLICO

1. Elegir la política	123
2. El congresista	146
3. El senador	190

TERCERA PARTE

¿PUEDE UN CATÓLICO? LLEGAR A PRESIDENTE

1. El nombramiento	245
2. La elección	284

CUARTA PARTE

EL PRESIDENTE

1. Pasa la antorcha	317
2. La educación de un presidente	346
3. Un mundo de problemas	392
4. El que maneja las crisis	435
5. El guerrero reacio	463
6. Los límites del poder	492
7. Frustraciones y «chapuzas»	527

ÍNDICE

8. A punto... pero no	560
9. Nuevos retos: los asuntos nacionales	601
10. Nuevos retos: los asuntos exteriores	634
11. Una presidencia inconclusa	659
Epílogo	733
Agradecimientos	743
Fuentes	747
Abreviaturas	749
Notas	751
Bibliografía	809
Índice onomástico	817

PRINCIPIOS

George Bernard Shaw, hablando como irlandés, resumió así su idea de la vida: «He soñado cosas que nunca han existido... y digo, ¿por qué no?».

JOHN F. KENNEDY ante el Parlamento irlandés
el 28 de junio de 1963

En agosto de 1947, John F. Kennedy viajó a Irlanda. El viaje era importante por varios motivos. Kennedy era, antes que nada, un «buen ciudadano de Nueva Inglaterra»,¹ un norteamericano (eso dijo el embajador irlandés en Estados Unidos) que había perdido toda relación con su país de origen. En realidad, al recordar las muchas veces que Jack Kennedy había visitado Inglaterra en los años treinta y a principios de los cuarenta sin poner los pies en Irlanda, el embajador le describió maliciosamente como «un norteamericano inglés». «Mucha gente le da gran importancia a su ascendencia irlandesa», dijo uno de los amigos ingleses de Kennedy. Pero él era «un europeo [...] más inglés que irlandés». Ahora, al fin, volvía a casa. Sin embargo, su padre no lo veía así. Para Joseph Patrick Kennedy, cuyo impulso hacia la aceptación social dejaba en un segundo plano la mayor parte de las cosas que hacía, que le describieran como «un irlandés»² le causaba una gran rabia en privado. «¡Maldita sea!—exclamó cuando un periódico de Boston le identificó de ese modo—. ¡Yo nací en este país! ¡Mis hijos han nacido en este país! ¿Qué demonios tiene que hacer uno para convertirse en norteamericano?».

Pero su hijo, aunque no tuviese un vínculo emocional muy fuerte, sí que había seguido el ejemplo del padre de su madre, John F. Fitzgerald. «Al parecer, hay algunas discrepancias acerca de si mi abuelo Fitzgerald procedía de Wexford, Limerick o Tipperary», recordaba más tarde Kennedy. «Y resulta más confuso aún de dónde era mi bisabuela, porque su hijo, que era alcalde de Boston, solía decir que su madre procedía del condado irlandés que contase con más votantes entre el público al que se dirigía en cada momento».³ De hecho, cuando Kennedy, por entonces de veintinueve años, se presentó por primera vez al Congreso el año anterior, los norteamericanos de origen irlandés de su distrito habían dudado de si apoyarle o no por su falta de identificación con Irlanda, y no digamos de orgullo de ser de ascendencia irlandesa.

CRECIMIENTO

Oficialmente, Kennedy estaba en una misión de investigación para estudiar el posible funcionamiento del Plan Marshall en Europa, que todavía no se había recuperado de la devastación sufrida durante la Segunda Guerra Mundial. De forma extraoficial, era una ocasión de pasar una temporada agradable con Kathleen Kennedy Hartington, la hermana menor de Jack y su favorita, que era mucho más «norteamericana inglesa» si cabe que su hermano. Aunque su marido, William Cavendish Hartington, el heredero del duque y la duquesa de Devonshire, había muerto en la guerra, Kathleen se había quedado en Inglaterra, donde los duques la trataban con mucho cariño. Le habían permitido libre acceso a varias grandes propiedades suyas, entre ellas al castillo de Lismore, en el condado de Waterford, en el sur de Irlanda, una mansión del siglo XII que en tiempos perteneció a sir Walter Raleigh. Kathleen decía que era «el lugar más perfecto» del mundo.⁴

Kathleen le pidió a Jack que se uniera a ella y pasara las vacaciones en Lismore,⁵ adonde prometió que acudirían también el antiguo ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden, Pamela Churchill, la esposa divorciada del hijo de Winston, Randolph, y otros ingleses de peso específico en lo social y lo político. Kathleen le escribió a una amiga norteamericana que aquel día llegaba Anthony Eden, «así que, para el fin de semana, él y Jack ya habrán arreglado el mundo».

Como Kathleen, Jack Kennedy había sido educado para moverse con soltura en los círculos más privilegiados. Ni él ni Kathleen pensaban en sí mismos de otro modo que como aristócratas norteamericanos. Ingenio, encanto e inteligencia se unían al caché que él ya poseía como congresista e hijo de uno de los empresarios más ricos de Estados Unidos, quien a su vez había sido embajador en Gran Bretaña.

Pero quienes conocieron a John Kennedy en 1947 encontraron su aspecto poco tranquilizador.⁶ Aunque había cumplido treinta años aquella primavera, parecía «un estudiante», o como mucho un recién licenciado de Harvard, candidato a estudiar ciencias políticas. Contribuía a esa impresión su atuendo informal, ya que a veces incluso se presentaba en el Congreso con pantalones color caqui y una chaqueta de algodón arrugada con el faldón de la camisa sobresaliendo por debajo, o en la cafetería del Congreso con jersey y zapatillas deportivas. De metro ochenta de alto y sólo setenta kilos de peso, su cuerpo esbelto y su rostro delgado y pecoso, así como la revuelta mata de pelo castaño, hacían que pareciese mucho más joven. Incluso cuando se vestía con trajes formales, cosa que no sucedía muy a menudo, no parecía mayor ni tenía el aspecto de un congresista. «Llevaba unos trajes espantosos», recuerda Mary Davis, su secretaria. «Con un aspecto horrible, colgando por todas partes». A diferencia de muchos de sus colegas del Congreso, que se disfrazaban de forma

PRINCIPIOS

consciente para su papel, el sentido de la adecuación de Kennedy se reflejaba en su ropa informal. Pero eso no daba precisamente una idea de madurez, y para muchos de sus colegas resultaba difícil tomarle en serio. Al principio impresionó a los congresistas veteranos por ser el hijo de una familia famosa, que había heredado su cargo más que ganárselo. A veces no les impresionaba en absoluto. «Bueno, ¿qué tal va todo?», preguntó una mañana al personal de su oficina en el Congreso. «Algunas personas entraron en el ascensor y me pidieron que marcara el cuarto piso». Durante su primera semana en el Congreso, un veterano le tomó por un botones y le pidió que le hiciera una copia de un documento, hasta que Jack informó al asombrado congresista de que eran colegas.

Sin embargo, no tenía problemas con nadie. Aunque transmitía una cierta frialdad o autocontrol, su sonrisa radiante y su franqueza le hacían agradable de inmediato. «El efecto que tenía en las votantes era casi indecoroso», escribió posteriormente James Reston, columnista del *New York Times*. «Todas las mujeres querían adoptarle o casarse con él». Otro columnista veía algo en su aspecto que podía inducir «a los más sugestionables a creer que estaba perdido, ausente o extraviado [...] un príncipe en el exilio, quizás, o un huérfano muy rico».⁷

Una visita a New Ross, una población con mercado a orillas del río Barrow, a ochenta kilómetros al este de Lismore, ocupó parte del tiempo que pasó Jack en Irlanda. Kathleen pasó el día jugando al golf con sus huéspedes y no le acompañó. En su lugar fue Pamela Churchill, a quien Jack le pidió «con suma tranquilidad, como disculpándose», que le acompañara.⁸ Fueron conduciendo durante cinco horas en la enorme camioneta norteamericana de Kathleen por unas carreteras con profundas rodadas, a lo largo de la hermosa costa del sudeste de Irlanda, y por fin llegaron a las afueras de la ciudad.

New Ross no había sido elegida al azar. A medida que se aproximaba, tan sólo con una carta de su tía Loretta, la hermana de su padre, para guiarle, Jack se paró a preguntar dónde estaba la casa de los Kennedy. («¿Y qué Kennedy son los que busca usted?», respondió el hombre.) Jack probó con una pequeña granja blanca situada a las afueras del pueblo que tenía un patio delantero lleno de pollos y gansos. Una dama rodeada por seis niños, «que se parecían a todos los Kennedy», le saludó con suspicacia. Mandó a buscar a su marido, que estaba en el campo, y la familia invitó a Jack y Pamela a un té en su casita con techo de paja y suelo de tierra. Pamela se mostró impresionada por la sencilla dignidad de la familia, pero comparó la visita con una escena de *La ruta del tabaco*, de Erskine Caldwell.⁹

Jack creía que había descubierto a unos primos terceros suyos, y parecía disfrutar muchísimo. Al preguntarles si podía hacer algo por ellos, los primos le dijeron que llevase a los niños a dar un paseo por el pueblo en la camione-

CRECIMIENTO

ta, cosa que hizo, para el placer tanto de los niños como suyo. Estaba claro que Pamela, en cambio, no comprendía «la magia de aquella tarde».¹⁰ Ni tampoco Kathleen, que se enfadó cuando Jack volvió tarde para cenar. «¿Tenían baño?», preguntó maliciosamente.¹¹

El éxito de la lucha de sus bisabuelos, abuelos y padres (la incesante ambición de los Fitzgerald y los Kennedy) había catapultado a ambas familias a otro mundo, un océano y un siglo más allá de los parientes que habían dejado atrás, en Irlanda.¹² En América todo era posible, y los Fitzgerald y los Kennedy eran la prueba viviente de esta máxima. Para la mayor parte de la familia, estos Kennedy de New Ross eran algo extraño, algo que resultaba mejor ignorar u olvidar. Pero no para Jack.

Jack sólo tenía un conocimiento muy rudimentario de sus lejanos antepasados. Sabía que su bisabuelo Patrick Kennedy había llegado a Boston durante las hambrunas a causa de la escasez de patatas, a finales de la década de 1840. Trabajó como tonelero, haciendo duelas de carreta y barriles de whisky, se casó con Bridget Murphy y engendró a tres hijas y un hijo antes de morir de cólera en 1858, cuando sólo tenía treinta y cinco años.

Jack sabía también que su bisabuelo por parte materna, Thomas Fitzgerald, se había aferrado a su granja de Irlanda hasta 1854, cuando la hambruna le llevó también a Estados Unidos.¹³ Al principio, establecido en Acton, a cuarenta kilómetros al oeste de Boston, sus magros ingresos como granjero le obligaron a buscarse la vida en el gueto irlandés de Boston, en North End, un suburbio atestado de casas de madera. Un contemporáneo lo definía como un mundo desolado, «lóbrego y deprimente», en el cual todo era «miserable, feo, desesperado [y] difícil», excepto en el caso de la Iglesia Católica, que proporcionaba consuelo espiritual y belleza física.

En 1857, Thomas se casó con Rosanna Cox, con la cual tuvo once hijos, nueve de los cuales llegaron a adultos, una tasa de supervivencia sorprendente en una época en que la mortalidad infantil era algo habitual. Thomas, que vivió hasta 1885, sobrevivió seis años a Rosanna, y prosperó primero como vendedor ambulante de artículos domésticos y luego como vendedor de comestibles, trabajo que compaginaba con el de encargado de una taberna de North End por las noches. Los ingresos de los pisos que compró y alquiló a trabajadores irlandeses proporcionaron bienestar a su familia y le abrieron a su prole el camino a un mayor éxito.

Los escasos conocimientos de Jack acerca de sus parientes irlandeses se debían al ascenso social de sus padres y a su ansiedad por reemplazar su carácter

PRINCIPIOS

«irlandés» por una identidad norteamericana.¹⁴ Rose Fitzgerald Kennedy, la madre de Jack, realizó un gran esfuerzo por inculcar los valores norteamericanos en los niños, ignorando sus raíces irlandesas y llevándoles a los monumentos históricos del pasado revolucionario del país situados en torno a Boston. Esta actitud difería poco de la de otros grupos étnicos, que trataban de reforzar la exigencia de ser norteamericano mediante el olvido de su pasado en el Viejo Mundo, pero, además, en Boston, un lugar muy estratificado, aquello tenía un sentido especial. Rose y Joe se desvivían, cosa comprensible, por aislar a la familia de los continuos desaires que sufrían los norteamericanos de origen irlandés por parte de los «brahmanes» locales, los acomodados protestantes estadounidenses cuyas raíces se remontaban a los primeros años de la República. Aunque Rose y Joe disfrutaban de unas vidas privilegiadas, la sensación de ser unos extranjeros en su propio país siguió siendo una realidad social que luchaban por superar.

El Boston en el que crecieron Joe y Rose era afectadamente «norteamericano». Era la tierra de cultivo de los valores y el espíritu que habían dado nacimiento a aquella nación, y la sede de la universidad estadounidense más famosa, en la cual se habían educado algunos de los líderes más influyentes del país. El esnobismo y la conciencia de clase formaban parte del paisaje de la ciudad en igual medida que el Boston Common, el parque público más antiguo de Estados Unidos. En la mayoría de las ciudades norteamericanas venir del «lado equivocado de las vías» no era un impedimento grave para el éxito individual. Pero en Boston, donde «los Lowell sólo hablaban con los Cabot y los Cabot sólo hablaban con Dios», ascender en la escala social por encima del nivel que a uno le correspondía por nacimiento era una empresa sólo apta para los más ambiciosos.

El vívido sentido histórico de la familia empezó con los dos abuelos de Jack, Patrick Joseph Kennedy y John F. Fitzgerald, ambos hombres de un éxito asombroso, que lograron fama a escala local y dieron a sus hijos los medios para disfrutar de una vida placentera. Patrick Joseph Kennedy nació en 1858, el año en que murió su padre.¹⁵ En una época en la que no existía ayuda social alguna para una viuda con tres hijos, Bridget Murphy Kennedy, la madre de Patrick, tuvo que mantener a su familia como vendedora y tendera. A la edad de catorce años, P. J., como le llamaban, dejó la escuela para trabajar en los muelles de Boston como estibador, y ayudar así a la manutención de su madre y sus tres hermanas. En la década de 1880, con el dinero que había ahorrado de sus modestos ingresos, inició su carrera como empresario comprando una taberna en la plaza Haymarket, en East Boston. Tiempo después compró un segundo establecimiento junto a los muelles. Para sacar provecho de la afición a

CRECIMIENTO

la bebida de las clases altas de Boston, P. J. adquirió un tercer local, esta vez un hotel de categoría, el Maverick House, en Back Bay.

Con su mostacho daliniano, su delantal blanco y sus ligas rojas en las mangas, el robusto P. J., pelirrojo y de ojos azules, resultaba una figura muy atractiva detrás de la barra de sus tabernas. Según se dice, era un oyente amable que supo ganarse el respeto e incluso el afecto de todos sus jefes. Antes de cumplir los treinta, su creciente prosperidad le permitió comprar un negocio de importación de whisky, P. J. Kennedy and Company, que le convirtió en una figura de primer nivel en el sector del licor de Boston.

Simpático, siempre dispuesto a ayudar a sus compatriotas irlandeses menos afortunados con algo de dinero y un consejo sensato, P. J. disfrutaba de la aprobación y el afecto de la mayoría de los habitantes del East End, un barrio de Boston donde se mezclaban irlandeses ricos y protestantes de elite. A partir de 1884, su popularidad se tradujo en cinco legislaturas consecutivas de un año de duración en la Cámara Baja de Massachusetts, seguidas por tres legislaturas de dos años en el Senado estatal. Convertido en uno de los principales líderes demócratas de Boston, fue invitado a pronunciar uno de los discursos en apoyo de Grover Cleveland en la convención nacional del partido de 1888, en Saint Louis.

Pero hacer campaña, pronunciar discursos y dedicarse a la actividad legislativa era menos atractivo para él que las maquinaciones en la sombra que caracterizaban en gran medida a la política de Boston a finales del siglo XIX y principios del XX. Después de dejar el Senado en 1895, la carrera de P. J. continuó en varios cargos por nombramiento (inspector electoral e inspector de incendios) como jefe en la sombra del Segundo Distrito de Boston y miembro del oficioso Comité de Estrategia de su partido. En las reuniones del comité, que consistían en suntuosos almuerzos en la habitación número 8 del Hotel Quincy House, cerca de Scollay Square, P. J. y tres manipuladores más de Charlestown y de South y North End elegían a los candidatos para los cargos locales y estatales y distribuían los patrocinios.

También tenía tiempo para la familia. En 1887, se había casado con Mary Augusta Hickey, miembro de una rica familia irlandesa de las de «cortinas de encaje» del próspero barrio de Brockton. Hija de un rico hombre de negocios y hermana de un teniente de policía, un médico licenciado en Harvard y el director de una funeraria, Hickey acabó de concretar el ascenso social de Kennedy hacia una nueva y emergente clase media irlandesa, o, como les llamaba burlonamente el legendario alcalde de Boston James Michael Curley, «irlandeses de cristal tallado» o «FIF» («First Irish Families»). Cuando murió en 1929, P. J. había conseguido unirse a las filas de los irlandeses de «cristal tallado»,

PRINCIPIOS

con participaciones en una empresa minera y muchas acciones de un banco, el Columbia Trust Company. Su riqueza les permitió a su único hijo, Joseph Patrick, y a sus dos hijas, disfrutar de un hermoso hogar en Jeffries Point, en East Boston.

John F. Fitzgerald era más conocido en Boston que P. J., y tuvo mucha mayor influencia en la vida de Jack.¹⁶ Nacido en 1863, John F. era el tercero de siete hermanos. De niño y de joven, el estatus de su padre como hombre de negocios y su talento innato le permitieron ingresar en la Latin School de Boston (campo de entrenamiento para la prole de las familias más ilustres de la ciudad, entre ellos los Adams, John, John Quincy y Henry), donde sobresalió en atletismo y obtuvo un distinguido palmarés académico, graduándose con honores. Después de conseguir una licenciatura en el Boston College, la universidad jesuita de la ciudad, John F., o Johnnie Fitz o Fitzie, como le llamaban sus amigos, ingresó en la Facultad de Medicina de Harvard en 1884. Cuando su padre murió en la primavera de 1885 abandonó la carrera de medicina, que había sido más idea de su padre que de él mismo, para cuidar a sus hermanos menores. Obtuvo un puesto en la Aduana de la ciudad como administrativo, al tiempo que convertía en una profesión su interés por la gente y la política, como secretario de Matthew Keany, uno de los jefes de distrito del Partido Demócrata en North End.

En 1891, Fitzie obtuvo un escaño en el Consejo Municipal de Boston, donde venció la renuencia de los representantes de distritos más prósperos a gastar 350.000 dólares en un parque público para sus electores pobres del North End. Al año siguiente, cuando Keany murió, Fitzgerald, que había pasado siete años de aprendizaje proporcionando servicios entre bastidores a los electores y manipulando el poder local, se convirtió en el sucesor lógico.

Era un político nato, un amante del pueblo encantador, pícaro y amable que perfeccionó el «toque irlandés»: charlar amistosamente con una persona mientras estrechaba la mano a otra y acariciaba con afecto a una tercera. La calidez de su carácter le ganó otro sobrenombre, Honey Fitz, y la reputación de ser el único político que podía cantar «Sweet Adeline» sobrio y salir airoso del empeño. Con aspecto de duendecillo y cara rubicunda, ojos vivaces y cabello color rubio dorado, era un verdadero «showman» que podría haber hecho carrera en el teatro de variedades.

Pero la política, con todos los manejos que se precisaban para formar alianzas y el bullicio que representaban las campañas, era su vocación. Un verso de la época decía: «Honey Fitz te puede hablar / de cualquier cosa sin parar / de la pesca, de embarcaciones / de trenes, coches o elecciones». Su don para la locuacidad le valió el sobrenombre de Fitzblarney (*blarney* significa 'labia'),

CRECIMIENTO

y para sus seguidores el de «dearos», una versión reducida de la forma que tenían de describir su distrito como «the dear old North End» ('el viejo y querido North End').

La afabilidad de Fitzgerald se tradujo en éxitos electorales. En 1892, consiguió superar las discrepancias internas entre los jefes de distrito y ganó las elecciones al Senado estatal. Con una cifra de votos cada vez mayor y una reputación de político astuto, presto a satisfacer las necesidades de todos los votantes, Fitzgerald se presentó en 1894 para obtener el único escaño demócrata seguro del Congreso en Massachusetts, el Noveno Distrito de Boston. Su candidatura le enfrentó a sus compañeros del Comité Estratégico, que respaldaban al congresista titular, Joseph O'Neil. Después de una brillante campaña que se basó en el sufrimiento causado por el pánico de 1893 y la depresión que le siguió, las procesiones de antorchas y las promesas de programas públicos por parte de Fitzgerald dieron por resultado que obtuviera un número de votos sin precedentes. También ayudó la división que existía entre los jefes de distrito, que no consiguieron unirse contra él, y así, Fitzgerald, que contaba sólo con treinta y un años, obtuvo una decisiva victoria en las primarias.

Durante sus tres legislaturas en el Congreso, Fitzgerald votó sistemáticamente a favor de medidas que atendieran las necesidades locales y estatales, leyes que favorecieran unos impuestos sobre la renta de carácter progresivo en contraposición a unos aranceles proteccionistas más elevados, y una continuación de la inmigración sin restricciones. El senador por Massachusetts, Henry Cabot Lodge, un brahmán alto y esbelto que, con su barba a lo Van Dyke y sus modales corteses no podía contrastar más con Fitzgerald, en una ocasión sermonizó al irlandés sobre la conveniencia de impedir que los inferiores (esos extranjeros molestos) corrompiesen Estados Unidos. «Usted es un joven descarado», empezó Lodge. «¿Cree que los judíos o los italianos tienen algún derecho en este país?». Y Fitzgerald replicó: «El mismo derecho que su padre o el mío. Sólo hay una diferencia de unos cuantos barcos».

Al final de las tres legislaturas, como era uno de los tres únicos católicos que había en el Congreso, Fitzgerald anunció su decisión de no presentarse de nuevo. Era el paso previo para conseguir el cargo que deseaba por encima de todo: la alcaldía de Boston. Durante los cinco años siguientes, mientras esperaba el momento favorable para presentarse, prosperó como editor de un periódico local, *The Republic*. Demostrando un agudo sentido de los negocios, Fitzgerald aumentó sustancialmente los anuncios de tiendas en sus páginas publicando historias de especial interés para las mujeres.

Al ser uno de los políticos más importantes de la ciudad y como jefe del Sexto Distrito de North End, Fitzgerald se encontraba en una posición muy

PRINCIPIOS

ventajosa para convertirse en alcalde cuando murió el titular, en 1905. Pero, de nuevo la oposición de los caciques locales, incluido P. J., puso en duda su elección. Como respuesta, tramó una astuta campaña contra el caciquismo que atribuía el creciente antagonismo a maquinaciones políticas antidemocráticas. A pesar de una lucha encarnizada en las primarias y otro fuerte enfrentamiento contra un republicano temible, al final Fitzgerald ganó, tras lo cual aseguró: «¡Debe gobernar la gente, no los caciques! ¡Por un Boston mayor y mejor!». Al cabo de unas horas de haber ganado las elecciones, apareció en el despacho de P. J. Kennedy en el East End para decirle que no le guardaba rencor alguno por la oposición que había mostrado P. J. hacia él. Fue, como dijeron más tarde dos biógrafos de la familia, «un primer hurra por la dinastía que iba a nacer».¹⁷

Honey Fitz complementó sus éxitos en el mundo de la política y los negocios mediante un enlace matrimonial con su prima segunda Mary Josephine Hannon o Josie, como la llamaban los íntimos.¹⁸ Se habían conocido en Acton, en la granja de los Hannon, en septiembre de 1878, cuando Fitzgerald tenía quince años y Josie, trece. Según él mismo recordaba, se enamoró de inmediato de aquella hermosa muchacha con la cual estaría casado sesenta y dos años, pero Fitzgerald tuvo que esperar once años para que la familia de Josie olvidase su preocupación por las posibles consecuencias de su matrimonio y dejase que Josie se casara con un pariente, aunque lejano. De la unión nacieron seis hijos, tres niños y tres niñas.

La mayor de las hijas de Fitzgerald, Rose Elizabeth, era la favorita de Fitz. Quería una hija que colmara sus sueños de plena aceptación en la sociedad más refinada. Honey Fitz se planteó la vida de Rose como un cuento de hadas, un modelo de perfecta educación y alabanza social. Tal como dijo Rose más tarde, su padre tuvo éxito: «Había veces en que me sentía como una de las personas más afortunadas del mundo, casi como si la Providencia o el Destino, como quieran llamarlo, me hubiese elegido para otorgarme sus favores especiales».¹⁹

A partir de su nacimiento en el verano de 1890, Rose llevó una vida privilegiada. Cuando tenía siete años, Fitz y Josie trasladaron la familia al barrio de West Concord, donde Rose recordaba «una casa grande, vieja y laberíntica [...] maravillosamente cómoda», y los placeres y satisfacciones tradicionales de la vida en una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra: «Serenidad, orden, afecto familiar, paseos a caballo y en calesa hasta la cercana casa de los abuelos, subirse a los árboles, coger flores silvestres...».²⁰ Estaba también la emoción de recibir

CRECIMIENTO

al padre, que venía a casa los fines de semana desde Washington, donde, según la limitada comprensión de Rose, era algo llamado «congresista» y hacía cosas importantes. A pesar de su tristeza por las frecuentes ausencias del padre, recordaba «la emoción inenarrable» de ir en coche hasta la estación de ferrocarril de Concord para recibirle y su saludo afectuoso, con un «maravilloso regalo» que siempre sacaba de su equipaje.²¹ También recordaba un viaje con su padre a la Casa Blanca cuando tenía siete años. El presidente William McKinley la saludó y le dio un clavel. «No había nadie en el mundo como mi padre», afirmaba. «Dondequiera que estaba, había magia a su alrededor». También se acordaba de la pareja de hermosos caballos negros que tiraban del coche familiar y de su propio cochecito con un caballo, que empezó a conducir a la edad de doce años para ir a la Biblioteca de Concord a pedir libros.²²

Estaban también los veranos en la playa de Old Orchard, en Maine, donde las familias irlandesas importantes de Boston buscaban el placer de la compañía mutua y alivio del calor.²³ Old Orchard, frente a la playa, consistía en una multitud de hoteles y casitas por donde la gente paseaba, tomaba el sol, nadaba, pescaba, compraba en las tiendas, jugaba a las cartas y comía en el enorme salón comedor del Hotel Brunswick, y se podía describir como «el típico lugar junto al mar para aquellos que detestan la soledad». Rose recordaba la alegría de jugar con otros niños y verse rodeada de parientes y amigos de la familia, que «nos visitaban constantemente».

En 1904, habiéndose enriquecido con los dividendos producidos por *The Republic*, los Fitzgerald se trasladaron a la zona residencial de Dorchester, donde su creciente familia, formada por tres niñas y dos niños, vivía en una amplia casa con quince habitaciones y un «porche lleno de volutas, una torrecilla abuhardillada y una vidriera en la puerta principal que representaba lo que, según aseguraba Fitzie, era el escudo de armas familiar».²⁴ Rose asistía al instituto de Dorchester, y como sus homólogas bostonianas de buena familia de Beacon Hill, completaba su educación con lecciones privadas de francés, danza, piano y canto.

El traslado desde el centro de Boston a Dorchester permitió a Fitz aislar a Rose y a la familia de las turbulencias políticas de su campaña de 1905 para la alcaldía. Aunque contaba ya con quince años de edad, Rose tenía sólo «una vaga idea de lo que estaba ocurriendo».²⁵ Afortunadamente, porque en aquella contienda hubo muchos insultos y feos insinuaciones sobre la vida privada y pública de su padre que habrían ofendido a cualquier hija amorosa, y en especial a una tan afectiva como Rose.

La vida protegida de Rose se prolongó hasta los veinte años de edad. A los diecisiete, como la hija vivaz e inteligente del alcalde, Rose se había converti-

PRINCIPIOS

do en una especie de celebridad en Boston, y asistía a «todo tipo de acontecimientos sociales y políticos».²⁶ Wellesley era la universidad ideal para una jovencita tan talentosa y prominente. Representaba la oportunidad de entrar en un universo emocionante lleno de discursos políticos e intelectuales, en la mejor universidad para mujeres del país. Pero al creer que era demasiado joven e impresionable, Fitz la matriculó en una escuela católica de elite, el Convento del Sagrado Corazón de Boston donde fue educada en las buenas maneras y virtudes femeninas que prometían convertirla en una esposa y madre modelo.²⁷

Tras acabar su primer curso en el Sagrado Corazón, los Fitzgerald llevaron a sus dos hijas mayores a realizar un gran viaje por Europa.²⁸ En apariencia era para ampliar la educación de las jóvenes, pero Fitz, que había perdido la reelección a la alcaldía en 1907 y estaba bajo sospecha de haberse llenado los bolsillos durante sus dos años de mandato, vio en aquel viaje veraniego una oportunidad de apartar a Rose y su hermana Agnes de los comentarios de la prensa sobre el asunto. Para ahorrarles los desagradables cotilleos y cortar de raíz un romance incipiente con Joseph Patrick Kennedy, el hijo de P. J., procedente de una familia con un estatus social inferior, para el curso académico 1908-1909 Fitz decidió matricular a Rose y Agnes en una escuela convento del Sagrado Corazón en Holanda. A ella asistían solamente las hijas de los aristócratas franceses y alemanes y de las familias comerciantes acomodadas, y era una versión más cosmopolita de su homóloga bostoniana.

Después de volver a casa en el verano de 1909, Rose permaneció a salvo de las guerras políticas estudiando en el Sagrado Corazón de Manhattanville, Nueva York. Al acabar aquel curso volvió a Boston dispuesta a desempeñar un papel importante en el segundo mandato de su padre, que transcurrió entre 1910 y 1912.²⁹ Con dos hijos pequeños en casa y poca paciencia para los deberes de una primera dama, Josie dejó ese papel a Rose, quien lo asumió con un estilo y una gracia que reflejaban su ventajoso origen y educación. Se convirtió así en la constante «azafata-acompañante-ayudante» de Honey Fitz, y viajó con él de Chicago a Kansas por asuntos de la ciudad, al Canal de Panamá para analizar sus efectos en el futuro de Boston como centro internacional de comercio, a Europa occidental para mejorar el comercio de Boston con sus principales ciudades, para reunirse con el presidente William Howard Taft en la Casa Blanca y para asistir a la Convención Nacional Demócrata de 1912 en Baltimore, que nombró al gobernador de Nueva Jersey, Woodrow Wilson, para la presidencia. Como explica un biógrafo: «Fitzgerald se deleitaba con la hermosura de su hija, su inteligencia, su presencia de ánimo y sus soberbias habilidades sociales [...]. Ella demostró ser una igual de su padre en conversación, cu-

CRECIMIENTO

riosidad, danza, capacidad atlética y capacidad de resistencia, e incluso en su capacidad para fascinar a los periodistas», que le dedicaban portadas en los periódicos de Boston.

Nada señaló de forma más clara a Rose como luminaria importante a nivel local que su fiesta de puesta de largo en enero de 1911.³⁰ Entre los 450 invitados que asistieron se contaban las figuras más importantes de la ciudad y del estado. En aquella ocasión cayeron hasta las barreras sociales normales entre protestantes y católicos: el gobernador electo de Massachusetts, dos congresistas, el fiscal del distrito de Boston y los concejales de la ciudad (que declararon festivo aquel día) se codearon con banqueros y gente de moda, hombres de negocios, abogados, médicos y sacerdotes.

Según las convenciones de la época, la presentación en sociedad de Rose a los veinte años de edad era la antesala al noviazgo y el matrimonio. Ciertamente no le faltaban pretendientes, pero no había ningún protestante entre ellos, como marcaban las normas vigentes. La «desconfianza» y el «resentimiento» entre los brahmanes de Boston y los católicos irlandeses hacían que «se relacionaran lo mínimo posible».³¹ Y aunque su padre había fomentado la mejora de esas relaciones fundando junto con James Jackson Storrow el City Club, un lugar donde se podían reunir ambas partes en «una atmósfera neutral y socialmente relajada», Rose veía la división como «uno de esos hechos elementales de la vida que no merece la pena ni cuestionarse». Además, había los suficientes hombres católicos disponibles, que podían compararse a ella en estatus, incluyendo, según ella creía, al hijo de P. J., Joe, a quien conocía de toda la vida y a quien consideraba la pareja más deseable (aunque su padre no estaba de acuerdo).

A pesar de la división cultural de Boston, Joe, como Rose, no sentía reparo alguno en aspirar a alcanzar los peldaños más altos de la escala social y económica del país. Sus padres y sus familias habían conseguido prosperidad material y estatus social, cosa que les situaba en los escalones más altos de la clase media norteamericana. Y como los titanes de la industria de finales del siglo XIX (Diamond Jim Brady, Andrew Carnegie, Jim Fisk, Jay Gould, J. P. Morgan, John D. Rockefeller), cuyos orígenes de clase media no habían actuado como freno para su adquisición de enormes fortunas y fama internacional, Joe Kennedy podía albergar sueños similares.

Nacido en 1888, Joe había crecido en una época en que los mayores héroes norteamericanos eran audaces empresarios que no sólo se habían enriquecido personalmente, sino que habían incrementado enormemente la riqueza

PRINCIPIOS

nacional creando la infraestructura de una sociedad industrial: acero, energía barata, ferrocarriles e instrumentos financieros para que creciera la economía. No importaba cuántos se quedaban atrás en la carrera por la riqueza. El código social darwiniano de la época, por el cual se guió Joe durante toda su vida, legitimaba la idea de que quienes poseen talento y virtud innatos tienen éxito, mientras que quienes lo merecen menos sólo obtienen ganancias modestas o se quedan en el camino y acaban marginados.³² Era el orden natural de las cosas, y no existía sensación alguna de injusticia con respecto al gran abismo que separaba a los norteamericanos más ricos de los más pobres. Por supuesto, tampoco había obstáculo alguno a que los afortunados compartiesen sus riquezas con los norteamericanos necesitados. En realidad, los más acomodados tenían la obligación de ayudar a los menos afortunados. Pero poner alguna restricción a la acumulación de riquezas a partir de esta obligación nunca formó parte de las ideas de Joe, ni de otros hombres contemporáneos suyos que se hicieron a sí mismos. De joven, Joe tenía una estantería de roble con las obras de Horatio Alger Jr., que, según una de sus hermanas, leía con avidez.³³ Aunque las historias de Alger estaban más en sintonía con un Estados Unidos rural y anterior a la Guerra Civil, su tema del paso de la pobreza a la riqueza atraía mucho a los chicos ambiciosos y emprendedores y a los jóvenes como Joe Kennedy.³⁴ Del mismo modo, el «poder mental» o la creencia en la autosugestión o el éxito a través del pensamiento positivo, que empezaba a tener un gran arraigo en la imaginación popular de principios de siglo, cautivaba a Joe. A medida que avanzaba en la vida, Joe nunca se cansó de recordarle a la gente que alguien a quien Dios le había dado talento siempre sabía cómo tener éxito; era, en gran parte, una cuestión de voluntad.

De adolescente, Joe ya había dejado claro que estaba decidido a destacar por encima de lo corriente. Estaban las típicas cosas que hacían los chicos para ganar un poco de dinero: vender periódicos en los muelles, o caramelos y cacahuetes a los turistas en el barco que realizaba excursiones por la bahía, encender las lámparas de gas y las estufas en los hogares de los judíos ortodoxos en los días sagrados, entregar sombreros de una tienda de ropa y trabajar como chico de los recados en el banco de su padre.³⁵ Pero Joe tenía mucha prisa por ganar dinero de una forma más imaginativa. A la edad de quince años organizó un equipo de béisbol en el barrio, los Assumptions.³⁶ Como representante, entrenador y primera base del equipo, compró los uniformes, alquiló un campo, preparaba los partidos y recibía el dinero suficiente de los espectadores para sacar algo de beneficio. Cuando algunos de sus compañeros de equipo se quejaron de que era demasiado dominante y no contaba con ellos para nada, Joe les dejó bien claro que eso no le importaba. Sólo podía haber un

CRECIMIENTO

jefe, y él no aceptaría ningún otro puesto. Resumiendo su filosofía personal, Joe le dijo a su hermana: «Si no puedes ser capitán, no juegues».

Como creía que Joe era especial, su madre decidió valerse del estatus social de la familia y de sus influencias para trasladar a su hijo de la escuela católica Javierina de East End a la Boston Latin.³⁷ No era inconcebible que las familias católicas con aspiraciones buscasen la forma de que un hijo fuese admitido en la Boston Latin y lo consiguieran. De hecho, el padre de Rose había estudiado allí en la década de 1870. Pero cuando Joe asistió a aquella escuela en septiembre de 1901, ese adolescente irlandés de trece años, pelirrojo, con la cara pecosa, musculoso, que venía del otro lado de la bahía, se encontraba en clara minoría entre los retoños de las familias de Beacon Hill y Back Bay.

Eso no le impidió a Joe dejar una huella especial en la escuela. Aunque nunca sobresalió especialmente como estudiante, sí que descolló en actividades extraescolares como el atletismo, y se convirtió en coronel de un equipo de instrucción que ganó una competición que abarcaba toda la ciudad, en capitán del equipo de béisbol y, en su último curso, en el jugador con el promedio más elevado de todo el instituto, por lo cual ganó la copa del Alcalde, que le entregó el honorable John F. Fitzgerald. Admirado por los demás estudiantes por sus logros en el campo de béisbol y por la calidez de su personalidad y la lealtad hacia sus amigos, Joe también fue elegido presidente de su clase durante el último curso.

Reflejando el empuje y la actitud emprendedora que dominaba su pensamiento, con posterioridad Joe dijo que la Boston Latin «de alguna manera parecía hacernos sentir como si pudiéramos sobresalir, como si estuviéramos hechos de una pasta algo mejor que los otros chicos de nuestra edad que asistían a lo que nosotros considerábamos escuelas más fáciles».³⁸ La seguridad de Joe en sí mismo no derivaba simplemente del medio cultural en el cual había crecido, sino también del afecto especial que habían volcado en él sus padres como único hijo varón, así como del cariño que le profesaban sus dos hermanas, que adoraban a su hermano mayor.³⁹

Después de la Boston Latin, en 1908 Joe se trasladó a Harvard,⁴⁰ que, en respuesta a las presiones nacionales por una democracia más institucional y política y una menor concentración de la riqueza y el poder, estaba decidida de forma ostensible a diversificar su cuerpo estudiantil, aunque los viejos hábitos de estratificación seguían siendo tan implacables como lo habían sido en el siglo XIX. A pesar de proceder de la Boston Latin, Joe no podía aspirar a ningún estatus social en Harvard, donde los «chicos de oro» de las escuelas privadas de elite como Groton, St. Mark's y St. Paul's, la mayoría de ellos hijos de millonarios, llegaban a la universidad con sus sirvientes y vivían en lujosas residencias

PRINCIPIOS

con baño privado, calefacción central, piscina y pistas de squash. Joe, junto con la mayoría menos acomodada, fue a parar a grises residencias de estudiantes con mala calefacción y viejas tuberías. Pero, curiosamente, no experimentó ningún sentimiento de inferioridad ante las marcadas divisiones que encontró en la universidad. Por el contrario, forjó una red social de amistades con antiguos compañeros de clase de la Boston Latin y estrechos lazos con los atletas, entre ellos algunos provenientes del círculo de elite cerrado para alguien de la procedencia de Joe. Dentro de esos límites, Joe se ganó una cierta aceptación que hablaba mucho en favor de su capacidad para alcanzar cotas todavía no exploradas por los irlandeses de Boston. En su primer curso, Joe y sus amigos más próximos se convirtieron en los líderes de la clase, entraron a formar parte del consejo de estudiantes, organizaron los eventos más importantes de la clase e ingresaron en clubes importantes como el Instituto de 1770, el Dickey o el Hasty Pudding, que conferían un elevado estatus a sus miembros. Sin embargo, se le negaba la admisión en el círculo interno de estudiantes más sobresalientes pertenecientes a los clubes más prestigiosos, como el Porcellian y el AD. Para tales nombramientos, el pedigrí todavía constituía una gran diferencia.

En el terreno de juego, Joe también cosechó algunas frustraciones. Después de pasar por el equipo de béisbol del primer curso, una serie de lesiones le mantuvieron alejado del equipo universitario hasta el tercer curso, y, luego, otra lesión le confinó al banquillo durante la mayor parte del curso superior. Sólo cuando el capitán del equipo y *starting pitcher*, Charles McLaughlin, le pidió al entrenador que pusiera a Joe en el partido final contra Yale, consiguió ganar un codiciado trofeo interuniversitario. Sin embargo, posteriormente se rumoreó que el padre de Joe había acordado esa sustitución tras amenazar a McLaughlin con retirarle la licencia que necesitaba para explotar una sala de cine en Boston. Eso menguó un tanto la satisfacción de haber ganado el premio. Otras fuentes aseguran que la negativa de Joe a darle a McLaughlin la *game ball* ('bola de juego'), que Joe cogió para el *final out*, empañó su prestigio ante sus compañeros de clase.

Sólo en el terreno de los negocios tuvo Joe la sensación de haber triunfado por completo mientras estuvo en Harvard. Durante los veranos del tercer y cuarto curso, él y un amigo compraron un autobús turístico a un empresario que había quebrado. Con gran audacia, solicitó al alcalde Fitzgerald una licencia para trabajar con el autobús desde una parada en la Estación del Sur, el lugar más indicado de la ciudad para una empresa de ese tipo, y, así, Joe convirtió un negocio en quiebra en una empresa rentable. Joe actuaba como guía turístico y su compañero iba al volante, y en dos años convirtieron la inversión de 600 dólares en unas asombrosas ganancias de 10.000 dólares.

CRECIMIENTO

Después de graduarse, en 1912, Joe decidió hacer carrera en la banca, la «profesión básica» de la cual dependían todos los demás negocios, tal como explicaba el propio Joe.⁴¹ Esto no fue producto del estudio de la economía o de un curso de negocios en Harvard. (Más tarde se complacía explicando que tuvo que dejar un curso de finanzas y banca al cabo de un semestre porque se le daba muy mal.) Por el contrario, Joe llegó a esta conclusión mediante la aguda observación de las prácticas financieras del Estados Unidos contemporáneo. Aquella primavera, en las sesiones del Congreso se había dicho que el «asombroso» poder e influencia que tenían los banqueros sobre la economía nacional proporcionaba un modelo que imitar a todos los ambiciosos y deseosos de amasar grandes fortunas.⁴² Y Joe Kennedy era ambicioso. Mientras que los progresistas convertían el poder de los banqueros en una justificación para una reforma democratizadora, Joe lo veía como un desafío competitivo. Quería ser el primer norteamericano de origen irlandés que penetrase en el coto vedado de algunas de las antiguas familias más ricas y prominentes de Boston.

Con la licenciatura de Harvard en la mano, Joe se convirtió en administrativo en el Columbia Trust de su padre. Allí, durante el verano de 1912 trabajó como ayudante de Alfred Wellington, el que había sido tesorero del banco durante treinta y nueve años.⁴³ Al percatarse de que su alumno tenía un talento y una ambición poco comunes, Wellington le convenció de que se hiciera inspector bancario estatal, como forma de aprender lo más esencial de ese sector. Después de aprobar el examen oficial y aparecer en una lista de posibles inspectores, Joe convenció al alcalde Fitzgerald de que presionara al gobernador y le señalara que el estado no tenía ningún inspector bancario que fuese católico irlandés. Durante un año y medio viajó por todo el estado, aprendiendo los intrínquilis del sector y haciéndose notar ante los principales ejecutivos como brillante banquero en ciernes.

Como consecuencia de ello, cuando un banco del centro de Boston amenazó con absorber al Columbia Trust,⁴⁴ Joe comprendió lo que debía hacer para mantener la autonomía de una de las pocas instituciones financieras de la ciudad dominada por irlandeses: tenía que conseguir el dinero suficiente para superar al banco rival, cuya oferta deseaban aceptar la mayoría de los accionistas. También sabía que podía fortalecer su causa mediante un llamamiento al orgullo local. Pero el dinero era la clave, y el presidente del Merchant National Bank, el más importante de la ciudad, que veía con buenos ojos un Columbia Trust dirigido por Joe, se lo proporcionó.

El éxito de Joe al evitar esa absorción le reportó, a los veinticinco años de edad, la presidencia del Columbia, y le convenció de las ventajas de una buena publicidad. La victoria de Joe y su nombramiento para el puesto más impor-

PRINCIPIOS

tante del Columbia se convirtieron en objeto de atención por parte de la prensa local y nacional, que dedicó mucho espacio a aquella historia. Alentando (o al menos no desanimando) la exageración de todos los periodistas que fueron a visitarle, Joe Kennedy pasó de ser el presidente de banco más joven de Boston a ser el más joven del país y el más joven del mundo, y el Columbia, una modesta entidad de barrio, de humilde depósito local se convirtió en puntal de la banca nacional. Todos esos relatos tan halagadores consiguieron que los depósitos del Columbia prácticamente se duplicasen, e incrementaron su volumen de préstamos en más de un 50 por 100 durante los tres años que Joe estuvo como presidente. Planeaba ser millonario a la edad de treinta y cinco años, le dijo a un periodista. A ese ritmo, parecía posible.

En el verano de 1906, cuando Joe tenía dieciocho años y Rose dieciséis, ambos se enamoraron.⁴⁵ Excepto Rose, que veía a Joe como la satisfacción de todas las ambiciones de su vida, en todos los sentidos, los Fitzgerald consideraban al joven y a su familia como un paso atrás en la escala social. Entre 1906 y 1914, Honey Fitz hizo todo lo posible por frustrar aquel noviazgo. Prohibió a Rose que acompañara a Joe al baile de la Boston Latin o al baile de Harvard Junior, y ni siquiera dejaba entrar a Joe en casa de los Fitzgerald. Y, por supuesto, los años que pasó Rose en Holanda y Nueva York también estaban destinados a separarla de Joe.

Pero la atracción entre Rose y Joe perduró. Estaban muy enamorados. «Nunca me interesó en serio ninguna otra persona», dijo Joe posteriormente. Rose era más efusiva: recordaba al joven Joe Kennedy como «alto, delgado, fibroso, con pecas», con los ojos azules y el cabello pelirrojo, «pero no de un rojo oscuro, o naranja, o dorado, como lo tienen algunos irlandeses, sino más bien de un rubio rojizo, con muchos reflejos rojos». Su rostro «abierto y expresivo» transmitía «dignidad juvenil», y denotaba confianza en sí mismo y respeto. Era serio, «pero tenía un ingenio rápido y gran sentido del humor». Su «sonrisa abierta, espontánea y contagiosa [...] hacía que todo el mundo que le veía también quisiera sonreír». Se las arreglaron para verse en casas de amigos, siempre con «una persona adulta responsable». Y en 1914 el romance desembocó en unas promesas de matrimonio que Honey Fitz no pudo resistir ya más. Obligado a abandonar la alcaldía por los rumores de su romance con Toodles Ryan, una hermosa vendedora de cigarrillos, Fitzgerald había perdido el suficiente estatus público como para que Joe, el triunfador y joven banquero, fuese una incorporación valiosa (o al menos tolerable) para la familia Fitzgerald.

CRECIMIENTO

Después de un compromiso de cuatro meses, que duró desde junio a octubre de 1914, Rose y Joe se casaron en una ceremonia relativamente sobria, en la capilla privada de William Cardinal O'Connell, seguida de un banquete de bodas para setenta y cinco comensales en casa de los Fitzgerald. El estatus algo menguado de Fitz y la reticencia que aún persistía a entablar relaciones con los Kennedy hizo del matrimonio de Rose un acontecimiento menos famoso que su puesta de largo.

En noviembre, la joven pareja (Joe tenía veintiséis años y Rose, veinticuatro) se trasladó a una cómoda casa de dos pisos y buhardilla situada en una tranquila calle arbolada de Brookline, un enclave protestante de Boston donde residían trabajadores de clase media baja de segunda y tercera generación y profesionales de clase media. La casa de los Kennedy en Beals Street, con siete habitaciones, estructura de madera gris con listones, porche de estilo colonial, tejado a dos aguas y ventanas abuhardilladas, endeudó a Joe por 6.500 dólares.⁴⁶ El préstamo personal de 2.000 dólares más la hipoteca de 4.500 suponían una carga muy pesada, pero Joe no podía imaginar en modo alguno que el presidente de un banco viviera en un piso de alquiler. Además, tenía mucha confianza en que su trayectoria financiera ascendente le permitiría pagar sus deudas y les ofrecería a él y a Rose la posibilidad de conducir un nuevo Ford modelo T, que también compró mediante un crédito. Una sirvienta que cocinaba, limpiaba, hacía la colada y servía la comida por siete dólares a la semana también se consideró apropiada para su estilo de vida.

El verano siguiente nació su primer hijo en Hull, Nantasket Beach, Massachusetts, donde Joe había alquilado una casa junto a sus suegros.⁴⁷ Dos médicos, una enfermera titulada y una criada atendieron el nacimiento del niño, que pesó unos cuatro kilos y medio. Aunque se especuló mucho con que el niño recibiría el nombre de su abuelo materno, John Fitzgerald, Joe insistió en que su primer hijo fuese bautizado como Joseph Patrick Jr. A pesar de la decepción de Fitz por que su primer nieto no llevara su nombre, esperaba que el niño tuviese un futuro extraordinario: «Va a ser presidente de Estados Unidos—le dijo a un periodista el ex alcalde—, su madre y su padre ya han decidido que vaya a Harvard, donde jugará en los equipos de fútbol americano y béisbol, y además obtendrá las máximas calificaciones académicas. Luego será un magnate de la industria hasta que le llegue el momento de ser presidente durante un par de mandatos o tres. No se han decidido más detalles. Puede ser alcalde de Boston y gobernador de Massachusetts durante un tiempo, de camino hacia la presidencia». La irónica descripción de Fitzgerald era la pura verdad, aunque dicha en tono jocoso: la ambición y la confianza ilimitada eran las características principales de la actitud de los Fitzgerald y los Kennedy.

PRINCIPIOS

Menos de dos años después, el nacimiento del segundo hijo de Rose y Joe fue saludado con menos fanfarria. John Fitzgerald Kennedy, un niño sano que recibió el nombre de su indomable abuelo, llegó a este mundo la tarde del 29 de mayo de 1917.⁴⁸ Nacido en una habitación del piso superior de la casa de Beals Street, con el mismo contingente de médicos y enfermeras que atendieron el nacimiento de Joe Jr., Jack, como llamaron al recién nacido, apareció por primera vez en la prensa por mediación de un orgulloso abuelo «que lucía una sonrisa complacida». Con el telón de fondo de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, en la cual parecía seguro que morirían muchos jóvenes, las predicciones acerca del futuro de Jack quedaron sin formular.

El mismo día en que nació Jack, su padre fue elegido para entrar a formar parte del consejo de la Compañía Eléctrica de Massachusetts, con lo que, a los veintiocho años, se convirtió en uno de los miembros del consejo de administración más jóvenes de una importante empresa norteamericana. Fue el principio del meteórico ascenso de Joe en el mundo de los negocios, que, paradójicamente, propiciaría la guerra. La Primera Guerra Mundial, que millones de estadounidenses veían como una cruzada idealista para acabar con los conflictos nacionales y preservar la democracia, suscitaba poco entusiasmo en Joe.⁴⁹ La idea de sacrificar su vida o la de cualquiera de su generación le parecía absurda. Era demasiado escéptico acerca de la naturaleza humana y los conflictos tradicionales de Europa como para creer que se podía sacar algo particularmente bueno de aquella contienda. Aunque aquello le puso en contra de la mayoría de sus amigos de Harvard, muchos de los cuales se presentaron voluntarios para el servicio militar, Joe no veía que se ganara nada, ni personal ni nacionalmente, con alistarse en el Ejército. La guerra, dijo, era una carnicería sin sentido que arruinaría por igual a vencedores y vencidos. Mientras miraba a Joe Jr. en su cuna después de oír la noticia de que decenas de miles de soldados británicos habían muerto en la desastrosa ofensiva del Somme, en 1916, Joe le dijo a Rose: «Ésta es la única felicidad que perdura».

La respuesta de Joe a la Primera Guerra Mundial estableció un patrón que se repetiría en otras crisis internacionales a las que se enfrentó Estados Unidos. Aunque solía ser perspicaz y brillante en sus análisis de los asuntos nacionales, y sobre todo acerca de las perspectivas económicas del país, Joe no juzgaba adecuadamente los asuntos internacionales. Se enfrentaba a los problemas del mundo no sobre una base moral o política, sino más bien atendiendo a la sensación de que podían perjudicar sus actividades empresariales y, mucho peor

CRECIMIENTO

aún, truncar su vida o, posteriormente, la de sus hijos. Estos temores personales le hicieron aislacionista de por vida.

La rápida acumulación de riqueza por parte de Joe empezó con su salida del banco y su nombramiento como director general adjunto de la planta de construcción naval del Fore River de Aceros Bethlehem, en Quincy, Massachusetts.⁵⁰ Aunque un salario de 15.000 dólares al año no bastaba para convertir a Joe en un hombre rico, su trabajo, relacionado con la defensa, aliviaba su mala conciencia por el hecho de evitar el servicio militar. Y más importante aún, la experiencia, los contactos de negocios y, sobre todo, la oportunidad de demostrar su eficacia en la dirección de una empresa multimillonaria tenían un valor incalculable con vistas a abrirle el camino hacia unas ganancias más elevadas. Durante los dieciocho meses que ocupó ese trabajo, de septiembre de 1917 en adelante, Joe trabajó de forma constante, a veces durmiendo en su despacho sólo una o dos horas por noche. Otros trabajaron tanto como Joe, pero les faltaba la inventiva necesaria para otorgar a cada tarea la misma eficiencia y efectividad que él. Cuando dejó Bethlehem, en el verano de 1919, recibió un cheque de regalo «por los servicios prestados en una época en que nadie podría haber hecho lo que usted hizo».⁵¹

Joe aprovechó su éxito en tiempos de guerra como director de Bethlehem para trabajar como agente de Bolsa en una prestigiosa firma de Boston, Hayden, Stone and Company.⁵² Creyendo que la posibilidad más importante de acumular riqueza en la década que se avecinaba se encontraría en el negocio de la Bolsa, mediante su trabajo, en el que ganaba 10.000 dólares al año, convirtió la información «interna» en especulaciones disciplinadas que le proporcionaron cerca de dos millones de dólares a lo largo de los seis años siguientes. Joe había cumplido su promesa de amasar el primer millón antes de cumplir los treinta y cinco, y tras dejar Hayden, Stone and Company en 1923 y abrir su propio despacho, ganó más millones comerciando con acciones del mundo del cine, primero comprando salas de proyección en Massachusetts y, luego, una productora inglesa en Hollywood. Después de vender todas sus acciones de las películas en 1930, amasó otra fortuna con el comercio de licor cuando acabó la prohibición, en 1933.

La creciente riqueza de Joe les permitió, a él y a Rose, tener varios hijos más. En 1918 Rosemary, una niña desgraciadamente retrasada, fue la primera de cuatro hijas sucesivas: Kathleen, nacida en 1920; Eunice, en 1921, y Patricia, en 1924. Tres hijos más, Robert Francis, nacido en 1925, Jean Ann, en 1928, y Edward Moore, en 1932, convertirían a Joe y Rose en padres de nueve hijos, a lo largo de catorce años. Joe y Rose disfrutaban muchísimo de su numerosa familia;⁵³ aquello les distinguía en una época en que las clases superiores ya ha-

PRINCIPIOS

bían abandonado la tradición de tener muchos hijos. A Joe le gustaba contar que se había perdido el nacimiento de Patricia a causa de unas inacabables negociaciones en Nueva York. Al regresar a casa, los cinco niños mayores, que iban desde los dos a los diez años de edad, le recibieron en la estación de tren gritando: «¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! ¡Tenemos otra hermanita! ¡Tenemos otra hermanita!». Joe recordaba que el resto de los pasajeros del andén parecían pensar: «¡Lo que este tipo seguramente menos necesita en estos momentos es otro niño más!».

A Joe le encantaba que su numerosa familia les convirtiera, a Rose y a él, en objeto de atención pública. También le satisfacía el mensaje que daba al mundo: él era capaz de proporcionar una vida lujosa a aquella progenie tan numerosa. En 1921, la familia se trasladó a una casa mayor en Brookline, a sólo cinco minutos de Beals Street, en la intersección de las calles Naples y Abbotsford. La casa, de doce habitaciones, dos pisos y buhardilla, con un porche delantero cerrado muy amplio donde los niños podían jugar, les proporcionó espacio suficiente no sólo para la familia al completo, sino también para una niñera que vivía con ellos, formada en un hospital, y una habitación propia para Rose, donde podía disfrutar de algo de privacidad en medio del reto diario que suponía educar a tantos niños.⁵⁴ Ante aquel reto, ni Joe ni Rose podían afirmar que no habían tenido éxito.

A pesar de toda la riqueza, el estatus y la apariencia externa de unidad y buen humor de la familia, Joe y Rose tenían problemas personales que crearon tensiones en su matrimonio y repercutieron en sus hijos. La educación religiosa de Rose y los exagerados requisitos de su ortodoxia dejaban poco espacio para disfrutar de la cómoda existencia que se le ofrecía. En cuanto a Joe, la dureza de los desaires sociales que había sufrido en Harvard, en cabo Cod, donde el Club de Campo de Cohasset le había negado la admisión, y también en el mundo de la banca y los negocios por parte de personajes desdeñosos hacia advenedizos como él, le convirtieron en un resentido de por vida y agriaron en parte la satisfacción que le produjo su ascenso social.

Desde luego, formaban una pareja armoniosa: una procedencia similar y similares aspiraciones de riqueza y prominencia. Pero también eran muy diferentes: eran complementarios y opuestos. Rose era una conformista consumada. Seguía meticulosamente las costumbres sociales del momento, ya fuesen las establecidas por la Iglesia o por la sociedad que la rodeaba. Joe también era un conformista que luchaba por obtener una suerte de aceptación universal,

pero al mismo tiempo se enorgullecía de ser poco convencional: más osado, más aventurero que ningún otro y, si era necesario, transgresor de las normas. La innovación y las ideas imaginativas serían un distintivo de su carrera en los negocios y un rasgo que transmitió a algunos de sus hijos (aunque no a todos).

La independencia y la disposición de Joe a desafiar las normas aceptadas se expresaba también en su persecución compulsiva de las mujeres. Los rumores insisten en que la indiferencia de Rose hacia los apetitos normales de su marido llevó a éste a los brazos de coristas, aspirantes a actriz y otras amantes ocasionales. Una anécdota fundamental de las biografías de la familia Kennedy cuenta que Joe se burló de Rose delante de unos amigos por sus inhibiciones sexuales. «Escucha, Rosie—dijo—: Esa idea tuya de que no hay amor posible fuera de la procreación, simplemente, es errónea. No formaba parte de nuestro contrato ante el altar, el sacerdote no dijo tal cosa, y en los libros no aparece nada de eso. Y si no abres un poco tu mente a ese respecto, se lo diré al sacerdote».⁵⁵ Pero Rose, al parecer, siguió indiferente a los deseos de Joe. Según un amigo de la familia, después de que naciera su último hijo en 1932, Rose aseveró: «Basta de sexo», y se trasladó a otra habitación.

Pero aunque Rose no le hubiese negado sus favores, Joe habría sido un mujeriego incurable. Resulta difícil imaginar que alguien que necesitaba «ganar, ganar y ganar», que no podía contentarse con un gran éxito en un solo terreno, que pasó toda su vida buscando nuevos desafíos en los negocios (en la banca, el licor, las películas, las acciones y los bienes inmuebles) y en la política, se hubiese podido contentar con una sola mujer.

Joe hacía pocos esfuerzos por ocultar sus aventuras amorosas. En 1921, por ejemplo, escribió con todo descaro lo siguiente al director de un teatro de Nueva York: «Espero que todas las chicas atractivas de su compañía estén deseando conocer a los irlandeses importantes de Boston, porque tengo una gente aquí conmigo que debe ser alimentada con carne fresca».⁵⁶ Un reportero político que conocía a Joe pensaba que para él las mujeres «eran una cosa más que posee un hombre rico, como el caviar. No era por sexo, sino que formaba parte de su imagen [...] su idea de la masculinidad».⁵⁷ Joe incluso llevó a algunas amantes a casa de los Kennedy, y las jóvenes compartieron la comida con la familia y se convirtieron en parte de la rutina diaria de la casa. Betty Spalding, la esposa de uno de los mejores amigos de Jack, que presencié esas situaciones, exclamó: «Y el viejo [...] ¡llevaba a sus amantes allí, a casa, a comer y a cenar! ¡No podía comprenderlo! Era algo inaudito».⁵⁸ Joe se atenía a las normas del decoro presentando a las jóvenes visitantes como amigas de sus hijas.

Pero había límites. Un idilio con la actriz de cine Gloria Swanson a finales de los años veinte rompió el matrimonio Kennedy. El romance era un secreto

PRINCIPIOS

a voces, ya que un periódico de Boston informó de que las llamadas telefónicas de Joe a Gloria, desde Nueva York a California, supusieron la factura telefónica privada más elevada de toda la nación en 1929;⁵⁹ y ello a pesar de que Joe había tomado precauciones para asegurarse de que el asunto nunca fuese demasiado obvio, de modo que Rose fuese capaz de negar su existencia, tanto a ella misma como a los demás. Pero existen pruebas de que Honey Fitz se peleó con Joe por este asunto, y le amenazó con contárselo a Rose si no acababa con la historia. Joe se negó con obstinación, y advirtió a su suegro de que se divorciaría de Rose y se casaría con Gloria. Aunque al final Joe rompió su relación con la Swanson cuando dejó la industria del cine en 1929-1930, aquello socavó profundamente la convivencia de los Kennedy y creó dificultades con los niños que nunca desaparecieron.

Como Joe, Rose era una madre imperfecta. En parte se debía a la insistencia de Joe en que se limitase a hacer «los trabajos femeninos» en la familia. Generalmente, ella desempeñaba el papel de buena esposa y reprimía su irritación al verse coartada por su despótico marido. «Vuestro padre ha vuelto a restringir de nuevo mis actividades y cree que esta mujercita debería encerrarse en casa», se quejó ante sus hijos en febrero de 1942.⁶⁰ Rose era también muy desgraciada debido a las numerosas ausencias de Joe, de viaje a Nueva York y California para atender sus negocios. La carga de la educación de los niños recaía básicamente en ella, y a pesar de un enorme séquito de servicio doméstico, se sentía bajo una presión constante, atendiendo las necesidades de tantos niños pequeños durante los repetidos embarazos. En realidad, entre 1914 y 1932, los dieciocho años que pasaron después de casarse Joe y ella, Rose estuvo embarazada casi el 40 por 100 del tiempo. Además, la sensación de alejamiento respecto de su encantadora vida anterior como hija favorita del alcalde y famosa debutante de Boston, unida a las infidelidades de Joe, había provocado una breve separación ya en 1920. Embarazada de su cuarto hijo y exhausta por los cuidados maternos de los otros tres, entre las edades de un año y cinco, volvió a casa de sus padres durante tres semanas. Él insistía en que «volviese al lugar al que pertenece».⁶¹ Conmovida por la insistencia de su padre en que intentara arreglar su matrimonio, así como por su asistencia a un retiro religioso sobre las obligaciones de una buena madre y esposa católica, Rose volvió a su casa de Brookline con la renovada determinación de criar con éxito a su familia.

Según un acuerdo al que llegó con Joe para intentar salvar el matrimonio y cuidar del bienestar de sus hijos, Rose viajaba regularmente por Estados Unidos y al extranjero para liberarse de sus constantes exigencias en el hogar.⁶² A mediados de los años treinta hizo diecisiete viajes a Europa, donde compraba ropa de última moda y realizaba excursiones y visitas. Segura de que Joe,

CRECIMIENTO

quien procuraba estar en casa durante las ausencias de ella o al menos lo bastante cerca como para acudir en caso de emergencia, atendería a los niños, Rose se complacía especialmente en la libertad y los estímulos de aquellos viajes, que le recordaban sus viajes de soltera. Durante sus respectivas separaciones de la familia, Rose y Joe acordaron que ninguno abrumaría al otro con los problemas familiares que se pudieran presentar. Joe, por ejemplo, no le dijo nada acerca de un brote de sarampión que se declaró en casa cuando Rose estaba en California pasando seis semanas. «No quería preocuparme y, quizás, hacer que cancelase parte de mi viaje», recordaba Rose. Del mismo modo, cuando Joe llamó desde California durante uno de sus frecuentes viajes a Hollywood, Rose no le dijo que acababa de sufrir un accidente de coche que le había dejado «una brecha de gran tamaño en la frente [...]. Hablé con él con naturalidad, le di noticias de los chicos y le conté que hacía un día estupendo, un día muy bueno para jugar al golf. Luego fui al hospital y allí el médico me dio cinco puntos en la frente». Era un acuerdo que les permitía mantener intacta la familia y que los niños disfrutasen de una vida privilegiada. Pero nunca eliminó las muchas dificultades que empañaban la imagen de una familia feliz y equilibrada.